

XXXIX.

La carta perdida.

A la mañana siguiente Ramon fué en busca de Mauricio y juntos se dirigieron á la calle de la Moneda á espiar la salida de la criada.

Mauricio tenia miedo y temblaba.

Ramon se burlaba de él y le animaba.

—¿Qué habrá sucedido? decia Mauricio.

—Poco ha de vivir el que no lo sepa.

—Pero tú, qué opinas?

—La verdad?

—Sí.

—Pues opino que vendrá la criada y te dirá que la niña se puso muy seria cuando le habló de tu carta.

—Y luego?

—Que no quiso tomarla.

—Acaba.

—Y que le encargó que te la devolviera, advirtiéndote que

si insistias en tus pretensiones tendria que dar parte á los autores de sus dias.

—Entónces, estoy perdido.

—Nó, por cierto.

—¿Cómo!

—Es la táctica de las mujeres.

—Pero qué harémos entónces?

—Escribirle la segunda; ya discurrí un borrador de mucho efecto.

—Pero ¿y si realiza su amenaza?

—No seas bobo, hombre; si esas amenazas son palabras que se lleva el viento.

—Tal vez la criada no querrá aventurarse la segunda vez.

—Y hasta la centésima, pierde cuidado, en habiendo pesetas que darle.....

Los dos amigos guardaron silencio un momento.

Como la mañana anterior, el portero de la casa salió y se dispuso á limpiar la calle.

Pasó un rato y Soledad no salia.

—¡Calle!—dijo Ramon—se ha dormido la maldita.

Mauricio no decia nada; si hubiera estado en capilla habria tenido ménos miedo.

A poco, una criada que no era Soledad pasó el umbral de la puerta y se dirigió á la plaza.

—Mal síntoma—murmuró Ramon.

—¿Qué dices?

—Que algo grave ha sucedido; no es la de ayer la que sale.

—Entónces, qué hacemos?

—Abordar á esta.

—Y si miéntas sale la otra?

—Tendrias razon en otras circunstancias, pero en la presente no es lógico suponerlo.

—Por qué?

—La de ayer acostumbraba salir por el mandado; hoy no parece en su lugar sale otra fámula, luego existe una causa extraordinaria que impide á nuestra emisaria vernos. Vamos á abordar á la que se nos presenta.

—Vamos—contestó Mauricio, que en lucha entre su timidez y los deseos que tenia de saber si era amado por Luisa se apresuraba á aprovechar la ocasion de abandonar la calle y de inquirir con la nueva criada lo que pasaba.

Esta tomó el mismo rumbo que Soledad habia llevado el dia anterior, y al torcer la esquina de palacio fué alcanzada por Ramon que le dijo:

—Dispense usted.

—Usted mande.

—¿Está usted sirviendo en la casa del señor Franco?

—Sí, señor.

—La criada que salió ayer por el mandado, qué es de ella?

—¿Quien, Soledad?

—No sé cómo se llama.

—¿Es una gorda?

—Sí.

—Pues sí es Soledad.

—¿Qué sucede con ella?

—Ya no está en la casa.

—¿Cómo! ¿desde cuando?

—Ayer en la tarde la despidió la niña.

—¿Y cómo sabria yo de un encargo que le hice.

—Pues eso sí no sé; ¿qué encargo?

—Que le diera una carta á la niña Luisita.

—Ah! con que usted fué?

—¿Ya lo sabia usted?

—Ya lo creo; como que la señorita me encargó que si algun señor me encontraba y me decia algo de una carta que le habia dado á Soledad, le dijera yo que la fuera á ver á ella.

—A ella? A Soledad?

—Nó, á la señorita.

—¿Cáscaras! ¿Y nada mas le dijo á usted?

—Nada mas.

—Entónces, adios.

—Qué le digo á la señorita?

—Que me aguarde..... sentada—contestó Ramon que fué á concluir su frase muy léjos ya de la nueva Maritornes y se llevaba á Mauricio á remolque.

—¿Qué sucede?—dijo este azorado.

—Que nos hemos lucido.

—Por qué?

—Porque nuestra correspondencia cayó en poder del enemigo.

—¿Del enemigo? ¿Qué quieres decir?

—Dé la madre, hombre, de la madre.

—Jesus!—dijo Mauricio pálido y temblando.—¿Qué hacemos ahora?

—La vieja nos manda decir que vayamos á verla. Si te encuentras con el valor necesario.....

—¿Yo? Estás loco?

—Pues verdaderamente, chico, no sé lo que debemos hacer.

—Y tu práctica en estos negocios?—dijo Mauricio, que á pesar de la gravedad de las circunstancias no pudo resistir al deseo de lanzar esta pulla á su amigo, cediendo á su carácter naturalmente burlesco.

—Es—dijo Ramon—que lo que ahora nos pasa no está previsto en el código de la osomanía.

—¿Cómo de la osomanía?

—Este código, chico, está aún inédito; se llama “Arte de hacer el oso ó código de la osomanía” y le estamos escribiendo varios amigos, que me han hecho el honor de nombrarme redactor en jefe y director de la obra. Cuenta con un ejemplar,

—Gracias.

—Sabes lo que estoy pensando?

—¿Qué cosa?

—Que en un lance tan extraordinario como el de que hoy somos víctimas, el partido mejor es el de emprender una prudente retirada.

Mauricio no contestó. Le costaba trabajo resolverse á perder toda esperanza de ser correspondido por Luisa.

Por otra parte, ¿qué era lo que él ambicionaba en aquellos momentos? ¿Casarse con ella? Nó; jamás la idea de matrimonio se confunde con los purísimos sentimientos del primer amor.

Verla todos los dias, pasar al lado de ella, recoger una mirada perdida, adorarla en silencio, pensar de dia en ella, soñar con ella, tocar en sueños las alas de arcángel con que se le aparecía en ese mundo ideal adonde vuela el alma mientras el cuerpo descansa de las fatigas del dia: hé ahí las ilusiones de Mauricio, hé ahí sus aspiraciones, hé ahí su suprema felicidad.

Ramon se burlaba de él y llamaba niñería á este modo de amar.

Pero Mauricio comprendía, y con razon, que cuando el amor sale de esa esfera de poesía y de luz, pierde cuanto tiene de divino y de sublime, y se reduce á las proporciones vulgares de las citas y de los telégrafos, de los disgustos y del cálculo, y tiene que morir, despues de haberse convertido en la prosa horrible del oso, sepultado bajo el peso de una hoja de papel sellado en que se extiende el contrato matrimonial, ó de un atracon de calabazas.

Pensando nuestro héroe de esa manera, que algunos de nuestros lectores juzgarán sin duda extraña, casi se regocijó de la suerte que habia corrido su carta, para seguir gozando de esa existencia aparte que se habia reservado para ciertos momen-

tos y en la que no habia mas que un recuerdo, una imágen, y una alma viviendo de ese recuerdo y extasiada ante esa imágen.

A pesar de su habilidad como pintor, Mauricio no habria podido pintar ese mundo; pero le tenia en el corazon y con eso le bastaba.

En cuanto á Ramon, la pérdida de la carta le habia servido para tener un motivo mas de vanagloriarse de su experiencia.

—¿Qué tal—le decia á Mauricio—si no firmamos *Un desgraciado*? A la hora de esta, el baston de tu apreciable suegro andaria en persecucion de tus costillas. El valor unido á la prudencia ha hecho siempre los grandes generales.